

LA CULTURA MEXICANA FRENTE A EUROPA

Bernabé NAVARRO

HUBO EN EL SIGLO XVIII cierto momento en que se enardeció hasta un punto crítico la ya vieja polémica entre Europa y América sobre las posibilidades intelectuales de los hombres nacidos en las nuevas tierras de Occidente. Al principio había sido el tema esencial de la racionalidad misma, controvertido ardorosamente, ya en función de ambiciosos motivos económicos—en contra—o de anhelos de humanitarismo y caridad—en favor—, ya en función de razones meditadas y sinceras (al parecer, por lo menos) que consideraban, por una parte, la superior cultura de la altiplanicie o de Yucatán—en favor—o, por otra—en contra—la condición ínfima y la degeneración de ciertas tribus nómadas de hábitos casi bestiales.

Pasada y superada aquella primera etapa, Europa no quedó satisfecha, y aun habiendo admitido la racionalidad de los indios, se fijó en los americanos todos, indios, criollos y mestizos. Cambiando entonces de táctica y de campo—ahora se refería a lo accidental—, empezó a hablar de la inferioridad, pobreza, falta de verdadero interés, aislamiento, rareza, etc. de la vida cultural entre los americanos (si es que la había), de sus centros docentes, de sus bibliotecas, de sus talentos, etc.

Europa había destacado muchos viajeros—agentes, diríamos, de aquella consigna—que no querían mirar las cosas bien, que no visitaban los lugares, ni las personas ni las instituciones, que se enteraban de oídas o por leyendas y consejas. Estos autores la tenían “bien” informada, y en sus datos parecían fundarse o confirmarse y justificarse las concepciones de Europa sobre los americanos. ¿Qué pretendía Europa con esa actitud? ¿Se trataba de una imparcial anotación de los hechos que con desinterés científico estaba obligada a hacer? ¿O era más bien afirmación de la propia superioridad y gozo en ella al recalcársela a los americanos y humillarlos? ¿Quizá

desprecio u olímpica conmiseración? ¿Acaso envidia, emulación o recelo? Probablemente ninguna de estas respuestas satisface, por lo menos para explicar la actitud en conjunto y todas sus características; con seguridad había un poco de todo eso; sin embargo, para nosotros, lo íntimo de la posición queda velado o confuso. ¿Por qué se metía Europa con América y no la dejaba desenvolverse tranquilamente en ese y en otros aspectos? ¿Acaso América andaba en los mismos cuentos con Europa? La única consideración de fondo nos parece ser que quizá la ostentación de las riquezas materiales que América hacía ante Europa y que eran su arma más poderosa, provocaron que Europa hiciera ostentación de sus riquezas intelectuales, que eran su porción mejor.

Ésta puede ser la problemática de esa querrela de siglos que ha llegado hasta el presente. Tal parece como si en el campo de la cultura, o quizá en todos, la humanidad se haya dividido en dos bandos: el Viejo y el Nuevo Mundo.

VAMOS A CONSIDERAR brevemente en nuestro siglo XVIII un episodio de esa disputa, episodio que, a la postre, vino a dar a la cultura mexicana prestigio, solidez y perfil propio. Se trata, podemos decir, de un lance de honor, ya que muchos escritores mexicanos del XVIII se decidieron a levantar el guante que, orgullosos o ignorantes, les habían arrojado algunos europeos. Quisieron ellos dar un mentís definitivo con obras que, siendo producto de sudores inmensos y de la consagración de la vida entera, quedarán como un monumento perenne en defensa de los hombres, de la nación y de la cultura de México. Entre muchas, tres obras para nosotros merecen ese rango: la *Historia antigua de México* de Francisco Javier Clavigero, la *Bibliotheca mexicana* de Juan José de Eguíara y Eguren y el *De Vitis Mexicanorum* de Juan Luis Maneiro.

Hubo muchos otros escritores en ese siglo que se ocuparon del mismo tema y que tuvieron el mismo propósito, por ejemplo José Antonio Alzate y Ramírez, quien en muchos artículos de sus *Gacetas* refutó en especial las mentiras y fantasías de los viajeros europeos. Eran, sin embargo, temas incidentales en su pluma. Sólo las tres obras indicadas, obras extensas, casi monumentales, tuvieron el objeto preciso y la intención clara de consagrarse total y exclusivamente a defender la

cultura mexicana ante Europa, a presentarla y hacerla estimar. Estas obras, por otra parte, llenaban, al menos cronológicamente, toda la historia de la cultura mexicana: la de Clavigero, lo prehispánico; la de Eguiara, desde la venida de los españoles hasta 1750, aproximadamente; la de Manero, los escritores que comenzaron a florecer más o menos por el año 50, hasta casi fines de siglo (1792). Las dos primeras fueron escritas manifiestamente en vista de ciertos ataques europeos contra la cultura mexicana. Más adelante leeremos las palabras de sus autores. La tercera no tiene como fin explícito la defensa, sino más bien lo que podría llamarse coronación de esa defensa, es decir, el panegírico y la apología de los talentos mexicanos que brillaron por entonces aun en la misma Europa.

Esta defensa que estudiamos, y que nos parece culminó en el siglo XVIII, tuvo en el siglo anterior un antecedente egregio que no es posible olvidar: don Carlos de Sigüenza y Góngora. Especialmente en la polémica con el europeo P. Francisco Kino, dió a entender con claridad que México estaba tan enterado como Europa de los últimos avances de las ciencias —prueba de ello son, por ejemplo, su conocimiento de Descartes y sus altas capacidades matemáticas, teóricas y prácticas—, y que no tenían por qué inclinar la cabeza los talentos mexicanos ante los europeos; más bien, implícita y hasta explícitamente, hizo ver que ciertos europeos andaban más atrasados que los americanos. Su amor por los antiguos mexicanos y la consagración de la mayor parte de su vida a rescatar y manifestar su cultura se explican seguramente, como en Clavigero, por defender el pasado cultural de aquella tierra que era ahora su patria.

Sin duda debemos también recordar, aunque sea de paso, a todos aquellos nobilísimos frailes que defendieron y formaron a los indios en el primer contacto de Europa con América, como Pedro de Gante, Bartolomé de las Casas, Motolinía, Julián Garcés y mejor todavía el obispo don Vasco de Quiroga. Junto con ellos, además, a los primeros cronistas e historiadores que pusieron la base para el conocimiento de las culturas autóctonas y que defendieron aquel acervo de saber que iba a ser algún día parte de la cultura mexicana. Sus nombres pueden ser Sahagún, Torquemada, Acosta, Dávila

Padilla, Gómara, Betancourt, Grijalva, Solís, Becerra Tanco, Florencia, Boturini y muchos otros.

Partiendo de los autores y obras señaladas anteriormente, vamos a dar una visión de la polémica entre América y Europa, de las actitudes, razones y puntos de vista de los contendientes, así como de las ventajas que ganó uno y otro, de la luz que se aportó al problema y de los resultados obtenidos, ya directamente en la solución del mismo, ya indirectamente para la consolidación de la cultura y de la nacionalidad mexicanas. Veremos primeramente a Europa contra América, y después a América frente a Europa.

La altiva actitud de Europa respecto a América no era nueva. Desde los tiempos de Grecia y de Roma veía con desdén a las demás partes del mundo, y esta posición vino a quedar corroborada, posteriormente, por las Cruzadas, los viajes y las exploraciones, la colonización y dominación de África y de la India, entre otras empresas. Sin embargo, hasta entonces no se habían señalado perfiles tan marcados de diferencia entre dos continentes o partes del mundo, como los que se observaron entre Europa y América. Los mismos nombres con que se les conoció desde entonces, Viejo Mundo y Nuevo Mundo, nos dejan entrever la oposición radical entre ambos.

Desde el momento mismo del descubrimiento, se produjo en Europa una conmoción y un interés especialísimos, hijos sin duda de la curiosidad y del misterio de las nuevas y extensísimas tierras vírgenes. En el siglo *xvi* fué admiración por las maravillas naturales, asombro por las riquezas fabulosas con codicia por poseerlas y cierta sana envidia por la sencillez de las costumbres. Ya desde ese mismo siglo, pero sobre todo en el *xvii*, fueron conociéndose las grandes culturas que habían florecido antiguamente en las tierras de América, y nació entonces como un recelo y emulación, a la vez que se hacían comparaciones desfavorables. Esta posición que iba tomando cuerpo quizá fué acentuada porque una nación, la más occidental de Europa, había cerrado herméticamente el camino a las esperanzas y deseos del resto de Europa para participar en los tesoros americanos. España, en este sentido, contribuyó a la actitud europea, además de haber tomado parte directamente en los ataques a América. Las diferencias cualitativas

se marcaban mucho más por tratarse de la Europa de los siglos xvi y xvii, remozada por el Renacimiento, frente a una incipiente colonia, prolongación un tanto distante de España, incomunicada con las otras naciones europeas y evidentemente sin sus recursos intelectuales ni sus tradiciones.

Éstas y muchas otras razones hicieron que a través del tiempo se perfilaran dos mundos casi irreductibles, al principio quizá sólo con diferencias pasivas, pero después en abierta lucha activa. Veamos esa lucha de parte de Europa, siguiendo a nuestros guías y examinando con ellos la situación en que estaban las cosas hacia la segunda mitad del siglo xviii.

DE LOS HISTORIADORES y escritores que se habían ocupado de las cosas mexicanas, es bien sabido, según hacen notar Clavigero y Eguiara, que los españoles en general habían apreciado con equidad y defendido con entereza la cultura mexicana. No así muchos de los extranjeros, en quienes podemos ver encarnada la actitud de Europa. El más pernicioso, en opinión de Clavigero, era el alemán De Paw. Muchos europeos, dice, “. . . han alterado los hechos a su arbitrio por herir con más crueldad a los españoles, como neciamente lo ha hecho el señor Paw en sus *Investigaciones filosóficas sobre los americanos*” (*Historia antigua de México*, vol. I, p. 46). Después de reseñar brevemente la obra, concluye: “Éste es un ligero bosquejo del monstruoso retrato que el señor Paw hace de la América. No lo expongo enteramente y omito también el que han hecho otros autores mal informados o igualmente que él preocupados, porque no tengo paciencia para copiar tantos despropósitos. . . He escogido la obra del señor Paw porque en ella, como en una sentina de albañal, se han recogido todas las inmundicias, esto es, los errores de todos los demás” (vol. IV, p. 12). Lo más dañoso, en este autor y en otros parecidos, es que no son historiadores comunes y corrientes, sino filósofos y pensadores de gran autoridad. “¿Cuántos—sigue diciendo Clavigero— al leer la obra de este investigador no se llenarán las cabezas de mil ideas indecentes y contrarias a la verdad? Él es filósofo a la moda y erudito principalmente en ciertas materias, en las cuales sería mejor que fuese ignorante, o a lo menos que no hablase. Él sazona sus discursos con bufonadas y maledicencia, mordiendo a cuantos se le paran por

delante en sus *investigaciones* sin ningún respeto a la inocencia. Él decide francamente y con un tono magistral cita a cada tres palabras a los escritores de la América, y protesta que su obra es fruto del trabajo de diez años. Todo esto hace, entre muchos lectores de nuestro siglo filosófico, muy recomendable al autor" (vol. IV, pp. 9-10).

Ya recordamos el hecho de que Europa, por decirlo así, se había valido para sus propósitos de algunos hombres que viajaban por América, armados de ciertos prejuicios y que, por lo mismo, se conformaban con ver las cosas muy superficialmente. El más famoso fué quizá Thomas Gage, e igualmente uno de los más refutados por los sabios novohispanos. Clavigero nos habla de su fama y lo consigna como el más falaz de todos: "Entre los historiadores extranjeros de México, ninguno es más celebrado que el inglés Thomas Gages, al cual citan como un oráculo, y no hay escritor de América más descarado en mentir. Algunos se inclinan a esparcir fábulas por alguna pasión, como odio, amor o vanidad; pero Gages miente sólo por mentir" (vol. I, p. 46).

Otros autores que habían escrito contra América injustamente o por lo menos sin conocimiento de las cosas, fueron Buffon y Marmontel. Al repasar los historiadores de México, habla Clavigero de ellos brevemente, pero a lo largo de su *Historia* rectifica frecuentemente sus afirmaciones.

Pero desde un punto de vista más serio y científico, y que por lo mismo era más digno de atención y de rectificaciones más objetivas, había dos pensadores europeos, Raynal y Robertson, que, con un escepticismo propio del siglo de las luces, pusieron en duda las fuentes y métodos mismos de la historiografía sobre los antiguos mexicanos. "El señor de Raynal —dice Clavigero—, a más de crasos errores en que ha caído por lo que respecta al estado presente de la Nueva España, duda en cuanto se dice de la fundación de México y de toda la historia antigua de los mexicanos." Cita las palabras de Raynal: "Nada... es permitido afirmar, sino que Moteczuma regía el imperio mexicano cuando los españoles arribaron a la costa de México", y concluye irónicamente: "Ved aquí un hablar verdaderamente franco y de un filósofo del siglo XVIII. ¿Conque nada me es permitido afirmar? ¿Y por qué no dudar también de la existencia de Moteczuma?" (vol. I, p. 47). Ro-

bertson, siguiendo la misma dirección, insiste más concienzudamente en las deficiencias de las fuentes para la historia de México. Reconoce, es cierto, que existen esas fuentes, pero añade que son poquísimas las que verdaderamente merecen aceptación. Se refiere al celo desmesurado de los misioneros, que destruyó casi todos los monumentos y pinturas de los antiguos mexicanos. Desconfía de la tradición oral, pues con el tiempo se desvirtúa completamente. Además, las pinturas en que los mexicanos escribían sus hechos pasados son pocas y de significación ambigua. Clavigero resume así su posición: "Por hacer perder la esperanza de tener una mediana noticia de las instituciones y costumbres de los mexicanos, exagera la ignorancia de los conquistadores y la ruina causada en los monumentos de aquella nación por la superstición de los primeros misioneros" (*ibid.*, p. 48).

HASTA AQUÍ, a través de la *Historia antigua de México* de Clavigero, hemos visto la oposición europea hacia América y hacia el México antiguo en autores de distintas naciones de Europa, fuera de España. Veamos ahora las muestras de la actitud de muchos españoles hacia los tres siglos de "culturalización" hispánica. En la *Bibliotheca Mexicana* de Eguiara y Eguren se consideran especialmente dos autores: Manuel Martí, el famoso Deán de Alicante, y Pedro Murillo Velarde. La posición del primero —de quien se ocupa Eguiara en casi todos los *Prólogos* que anteceden a su obra, directa o indirectamente— está de modo esencial en una carta suya dada a la luz pública y citada por Eguiara, cuyo pasaje central dice así, refiriéndose a América y más en particular a México: "¿A dónde volverás los ojos en medio de tan horrenda soledad como la que en punto a letras reina entre los indios? ¿Encontrarás por ventura, no diré maestros que te instruyan, pero ni siquiera estudiantes? ¿Te será dado tratar con alguien, no ya que sepa alguna cosa, sino que se muestre deseoso de saberla, o —para expresarme con mayor claridad— que no mire con aversión el cultivo de las letras? ¿Qué libros consultarás? ¿Qué bibliotecas tendrás posibilidad de frecuentar? Buscar allá tales cosas, tanto valdría como querer trasquilar a un asno u ordeñar a un macho cabrío. ¡Ea, por Dios! Déjate de esas simplezas y encamina tus pasos hacia donde te sea factible cultivar

tu espíritu, labrarte un honesto medio de vida y alcanzar nuevos galardones" (*Prólogos*, trad. A. Millares Carlo, pp. 56-57). Estas palabras las dirige el Deán de Alicante a un noble joven español que seguramente pretendía pasar al Nuevo Mundo, más bien que a probar fortuna, según parece, a tener cierta dedicación a las letras. Eguiara, sintetizando la carta entera, había dicho poco antes: "Todo el empeño de su autor se cifra en disuadir al adolescente amigo de su propósito de trasladarse al Nuevo Mundo, y en aconsejarle, pues que era de condición adecuada para el cultivo de las letras, que fijase su residencia en Roma y se apartase lo más posible de las costas mexicanas" (*ibid.*, p. 56). Salta entonces indignado nuestro autor, y sacando las conclusiones extremas, pero justas, que podían deducirse de las palabras de Martí, replica: "Es decir, que aun siendo las Indias occidentales de tan grande extensión. . . , se atrevió a señalar a México como el sitio de mayor barbarie del mundo entero, como país envuelto en las más espesas tinieblas de la ignorancia y como asiento y residencia del pueblo más salvaje que nunca existió o podrá existir en lo futuro" (pp. 57-58).

Murillo Velarde se queda ciertamente muy atrás de tan injuriosas expresiones contra México; reconoce casi todos los valores de la América y los alaba, pero lamenta la falta de obras grandiosas, geniales, en los talentos americanos. Aunque sus palabras tienen algo de verdad —y así lo acepta Eguiara—, sin embargo son ambiguas y carecen de sentido histórico. Notaremos cómo Eguiara, al replicarle, sí lo tiene. Dice aquél en su crítica a la cultura americana: "Todos los americanos son de memoria prompta, de nativa loquacidad, de lengua expedita y desembarazo en el decir. Esto hace lucidas sus funciones, con que adquieren la aclamación y alabanza común. Y si continuassen en una constante aplicación, algunos llegarían a enriquecerse con aquella plenitud de noticias en que se hallan varios consumados en Europa. Pero, o sea la desidia natural del país, o la falta de estímulo y aliento a la tarea, hasta ahora ni en el Perú ni en las demás de las Indias ha llegado a madurarse parto que sea digno de las literarias fatigas de más de doscientos años que riega estos campos con sus sudores Minerva" (*Prólogos*, p. 164).

Recoge también Eguiara en su obra las trilladas opiniones

sobre la facilidad de los ingenios mexicanos para las cosas rápidas y por lo mismo sencillas y fáciles, sobre sus posibilidades para la memorización, pero no para la reflexión profunda, y sobre el pronto decaimiento y término, con la edad, de la capacidad mental de los americanos.

Dejemos aquí el examen y exposición de la actitud contraria de Europa hacia América, para ocuparnos de la defensa y rebeldía de ésta frente a aquélla.

EN EL PRINCIPIO, América, por todas las circunstancias, debió aceptar su pequeñez frente a Europa, y, sobre todo en lo referente a la cultura, guardó silencio, no por falta de valor o rebeldía, sino por reconocimiento de lo que era y había recibido, y con la esperanza de erguirse algún día contra quien injustamente trataba de humillarla. No podía, seguramente, hacer otra cosa, al contemplar sus monumentos destruidos, sus hombres muertos o conquistados y dominados, su cultura olvidada e incomprendida, sus tradiciones sepultadas en el esoterismo de sus habitantes autóctonos. La confianza que inspiraron algunos españoles a los descendientes directos de los sabios indígenas y a los últimos poseedores de su sabiduría secular, fué la puerta que abrió el conocimiento de su cultura. Les ayudaron en esto más tarde y en forma decidida los mismos españoles, interesados en corregir los yerros de antaño y con el propósito de conocer la verdad sobre los mexicanos antiguos, sus hazañas y peregrinaciones, su religión, costumbres y leyes. Entonces América se sintió con un apoyo para empezar a sostenerse ante la mirada de Europa. Más confortada se sintió todavía cuando la cultura hispánica comenzó a dar frutos en su propio suelo, frutos con algunas características nuevas y con arraigo y amor a él. Esto pasaba en el xvii. En el xviii ya se considera el hombre de América y de México con la madurez suficiente para rechazar, casi en un pie de igualdad, a Europa. Lo impelía a ello no sólo la conciencia de su valer, sino también la extrema altivez de Europa, inaguantable ya para entonces.

América, pues, por boca de Clavigero (IV, p. 12), dice refiriéndose a De Paw: "Si tal vez parecen un poco fuertes mis expresiones, esto ha sido porque juzgo no ser conveniente usar de dulzura con un hombre que injuria a todo el Nuevo

Mundo. . .” La génesis de su obra puede describirse magníficamente con los términos de un comentador suyo (VÍCTOR RICO GALÁN, *Historiadores mexicanos del siglo xviii*, p. 28): “Ha visto que su tierra y sus indios son calumniados, y no sólo por los ignorantes; el mal es más hondo: son los filósofos, los historiadores, los cultos de la época quienes siembran, en libros embusteros o simplemente mal informados, esas mentiras monstruosas que llenan Europa. Y él, Clavigero, sabe la verdad y puede decirla. Nadie más capacitado para hacerlo. Y la verdad se le inflama, le arde en el pecho: entonces nace la obra.” A los historiadores que negaban o disminuían el valor de las fuentes de la historia de México, responde con multitud de argumentos, demostrando que su escepticismo y sus reservas provienen del desconocimiento, la ignorancia o el prejuicio, y no de una actitud racional. Él, como filósofo e historiador moderno, se encara con los “filósofos a la moda” y utiliza sus mismas armas. Y no son sólo críticas, ni sólo palabras aisladas las que les dirige, sino una obra voluminosa, difícil, la mejor de su vida y para la cual hasta de sus cortísimos recursos gastó dinero. He aquí sus nobles palabras al presentarla a la Universidad y a su patria: “La historia antigua de México que he emprendido para servir del modo posible a mi patria y nación y para restituir a su esplendor la verdad ofuscada por una turba increíble de modernos escritores de la América, me ha sido no menos fatigosa y difícil que dispendiosa” (I, p. 26). Los trabajos para llevarla a término, fueron inmensos: “He leído y examinado con diligencia todo cuanto se ha publicado hasta ahora sobre la materia; he confrontado las relaciones de los autores y he pesado su autoridad en las balanzas de la crítica; he estudiado muchísimas pinturas históricas de los mexicanos; me he valido de sus manuscritos leídos antes cuando estaba en México, y he consultado muchos hombres prácticos de aquellos países” (*ibid.*, p. 58). Recuérdese que la *Historia antigua de México* fué rehecha casi de memoria en el destierro, y nótese la discreción con que menciona esto último en las anteriores líneas. Pero lo más importante, para él y para nosotros, es que tuvo conciencia plena del servicio que con su obra prestaba a su patria y a la cultura mexicana. En este sentido afirma con énfasis (*ibid.*, p. 20): “Fácilmente reconocerán, leyendo esta obra, que ella,

más bien que historia, es un ensayo, una tentativa, un esfuerzo, pero grande, de un ciudadano que a pesar de sus calamidades se ha empleado en esto, por hacerse útil a su patria. . . y le agradecerán el servicio que ha prestado en explorar un camino que por nuestra desgracia se ha hecho dificultosísimo.”

La cultura mexicana, en estricto sentido, es defendida directamente por Eguiara y Eguren, y no sólo la colonial, sino también la prehispánica. Es cierto que en la obra propiamente dicha se incluyen con exclusividad los autores y las obras posteriores a 1521, pero casi la mitad de los *Prólogos* que la preceden, se consagran a defender y exaltar la cultura indígena anterior, mostrando sus excelencias en la poesía, en la oratoria, en la medicina, en las leyes y en las costumbres, en la educación de la juventud, etc.

La *Bibliotheca Mexicana* brota con espontaneidad como respuesta a las ofensas de los europeos. En el momento en que Eguiara termina la lectura de aquella carta del Deán de Alicante, nace la idea de la primera obra que sistematizaría la historia de nuestra cultura. Sus palabras al respecto son sencillas y entusiastas (*Prólogos*, p. 58): “Mientras estos pensamientos bullían en nuestra mente y dábamos remate a la carta de Martí, ocurriéosenos la idea de consagrar nuestro esfuerzo a la composición de una *Biblioteca Mexicana* en que nos fuese dado vindicar de injuria tan tremenda y atroz a nuestra patria y a nuestro pueblo, y demostrar que la infamante nota con que se ha pretendido marcarnos es, para decirlo en términos comedidos y prudentes, hija tan sólo de la ignorancia más supina.” Desde entonces no descansará Eguiara hasta realizar su propósito; manda traer de España una imprenta para dedicarla especialmente a la impresión de su *Bibliotheca*. La muerte trunca sus anhelos y la obra quedará a la posteridad irremediablemente incompleta. Sus trabajos no se continuarán hasta casi un siglo después, pero con seguridad muchas de las fuentes que pudieron ser utilizadas en el xviii ya no podían serlo en el xix. La vida de este apologista de nuestra cultura estuvo consagrada enteramente—como la de Clavigero en los Colegios de la Compañía— al estudio y a la investigación, así como a las labores en la Universidad Mexicana, de la que fué rector, y profesor durante

más de veinticinco años. A su obra, como dice José Toribio Medina (citado por Millares Carlo en su traducción de los *Prólogos*), “dedicó cuantas horas le dejaban libres sus demás tareas y ocupaciones, registró todas las librerías que había en la ciudad, y entabló, como decía, «comercio literario» con los hombres doctos del país entero, solicitando su concurso para la obra, y especialmente con sus discípulos, que eran muchos, y algunos de ellos colocados por entonces en situaciones prominentes, logrando de este modo tener reunidos ya en 1747 datos acerca de dos mil escritores de la América Septentrional”.

Los *Prólogos* hacen que la obra de Eguiara no se quede en un plan puramente bibliográfico, cuyo valor fuera el simple de la búsqueda, recopilación y recuento de las realizaciones culturales de los americanos. En esa primera parte del libro se hace un estudio a fondo sobre los autores, las obras y las instituciones del México colonial, y se nos ofrece la primera síntesis histórica, con visión y conciencia lúcidas, de la cultura mexicana. “Por vez primera —dice don Agustín Millares Carlo (*Prólogos* cit., pp. 32-33)— se acometía... la empresa de sistematizar la producción literaria y científica de México, así con anterioridad a la llegada de los españoles, como durante el espacio de tiempo comprendido entre los comienzos del s. xvi y los promedios del xviii... Incluyó el autor en su obra no sólo la producción publicada, sino la inédita o manuscrita de cuantos autores nacidos en la Nueva España o residentes en ella tuvo noticia. En ninguna otra parte de América se había hasta entonces acometido tarea semejante, y Eguiara prestó con su obra eminente servicio a la cultura mexicana.” Éste es, por cierto, el verdadero valor del libro y de quien lo escribió, aun tomando en cuenta ciertas deficiencias desde el punto de vista bibliográfico y ciertas exageraciones en que incurre, ya deteniéndose en autores de muy escasa o nula importancia, ya sobrevalorando el mérito de otros para servir al fin que se propuso y que, debemos reconocerlo, logró en casi toda la línea. Tales resultados, sin embargo, no creamos que llevaban anexa una desproporcionada intención de supremacía y una falta de sentido histórico. Muy por el contrario, este pensador nuestro, ya desde el siglo xviii, tiene tres aciertos extraordinarios: primero, afirmar que el valor de la

cultura americana puede ser y es distinto del de la europea; segundo, reconocer que aún no tenemos obras geniales o extraordinarias; tercero, presentir que las tendremos en el futuro. “A nuestro juicio —dice Eguiara (p. 167)—, hasta ahora nuestros escritores no han producido obras capaces de equipararse y competir por su volumen con las de Santo Tomás, Escoto, Suárez y otros semejantes, lo cual concedemos, sin admitir por ello que nuestra Minerva no se halle en sazón, pues ésta *no ha de juzgarse por la muchedumbre de los frutos, sino por su dulzura y delicadeza; ni desesperamos de que, con el transcurso de los siglos, la americana sabiduría llegue a cristalizar en libros notables que, por su importancia y número, sean indicio y testimonio de su madurez.*”

LA PARTE PUBLICADA de la obra de Eguiara había salido de las prensas por el año de 1755, de modo que quedaron fuera de su alcance casi todos los escritores que estaban madurando entonces un gran florecimiento de la cultura patria. Entre ellos el mismo Clavigero, así como Alegre, Abad, Castro, Márquez y los demás jesuitas que antes de ser desterrados a Italia renovaron fecundamente el mundo intelectual de México y que después, con la realización o terminación de grandes obras históricas, filosóficas, científicas y literarias, hicieron irradiar por Europa las luces del Nuevo Mundo. De ello se percató un compañero de destierro, que se dedicó a componer una extensa obra para describir aquel importante movimiento y sus autores. Las *Vidas de mexicanos ilustres* no tienen un carácter polémico como las otras dos obras de que nos hemos ocupado. Alguna vez se adivina cierta actitud de defensa, pero es algo aislado y ligero. No por esto, sin embargo, dejará de tener sentido para nosotros y para nuestro objeto. Más aún, creemos que su autor tomó la posición subsiguiente a la de defensa, a saber, la de exaltación y alabanza objetiva, directa y no motivada por dudas o por ataques, sino afirmando ya independientemente y de por sí los valores de la cultura mexicana. Es una presentación y un panegírico de los escritores mexicanos que en la misma Europa producían obras no sólo dignas de América, sino, como pensaban aun algunos europeos, dignas de aquélla. Éste es su sentido y su mejor

mérito, principalmente cuando al presente se está de acuerdo con Maneiro respecto de algunas de aquellas obras.

En lengua latina (como Eguiara), que no se degradaba, decía él, por poner en sus labios y dulzura los nombres de México, describe amorosamente el autor la magnífica e imperial ciudad de México, así como las otras grandes y nobles urbes de esta tierra, como Puebla, Guadalajara, Valladolid, Córdoba, etc. Se admiran en sus páginas nuestras montañas, nuestros valles, nuestros lagos. Algunas veces vuelve a los antiguos mexicanos para elogiar su cultura y sus sencillas costumbres; también defiende a los indios de su tiempo. Siempre que se trata de la cultura patria, manifiesta y ensalza todas las obras que para renovarla y elevarla realizaron los hombres cuyas vidas escribe. Demuestra que la filosofía y la ciencia modernas no fueron desconocidas para los mexicanos de su tiempo; que ellos precisamente las introdujeron y enseñaron allá en su patria, y ahora, cuando él escribía, sus discípulos continuaban y desarrollaban sus enseñanzas. Que conocieron igualmente a los poetas y literatos modernos y las nuevas corrientes literarias, cuyas luces llevaron de Europa para ilustrar a los americanos. Compara los méritos y cualidades de las obras de algunos mexicanos con las de ciertos italianos y europeos, y se inclina a creer que son iguales, si no superiores, por lo menos en vista de no tener los mismos recursos intelectuales. Una de las cosas más interesantes en su obra es el acento de nostalgia y amor por la patria lejana que pone frecuentemente en sus palabras. Leamos, si no, estas palabras: "Séame lícito, al empezar a hablar de los cultores de la viña mexicana y al describir aquí la vida de un preclarísimo varón que tuvo a México por patria, anteponer una breve descripción de ella [la ciudad]. Pienso que se me ha de conceder esto tanto más benignamente, cuanto que estoy escribiendo yo, un mexicano, desterrado de México hace ya veintidós años, y a quien no le ha sido dado en otra forma devolver a su muy querida patria el debido amor" (*De vitis aliquot Mexicanorum*, Bolonia, 1791, vol. I, p. 7).

El episodio de la cultura mexicana que acabamos de considerar —episodio dramático como toda lucha— puede ser aquel momento decisivo en que una realidad se rebela abiertamente contra otra que la dominaba, el momento en que

adopta caracteres propios que la determinan y la hacen sentirse capaz para seguir por sí misma la marcha. Ese momento fué como la conclusión de todo lo que había sucedido desde la conquista y aun desde antes. Desde que los hombres escribieron para el suelo en que vivían, desde que admiraron sus bellezas y se preocuparon por sus necesidades, desde que fueron influídos por su cielo y su clima y entraron en la corriente de sus ancestrales tradiciones, hubo en México una nueva civilización. Esto lo vieron los defensores de la cultura mexicana en el XVIII, y es lo que constituye su grandeza.

Cultura y nacionalidad era en ellos una misma cosa, porque al hacer cultura la hacían para la patria y por ella, y al hacer patria, la hacían en el plano de la cultura. Esta unión entre ambas la vemos en su insistencia continua en las cosas mexicanas y en el uso de este nombre para las obras, los escritores, los títulos, las tierras, las ciudades, las cualidades y aun los defectos. Y la mejor conclusión de todo esto es que el mexicano así formado fué un hombre hecho, digámoslo así, por la cultura, no por la raza ni por el medio ni por ningún otro factor que le imprimiera caracteres determinados que coartaran directamente su libre manifestación.

Las culturas tienen una dinámica interna que las hace desarrollarse conforme a su propio ser y finalidad; pero existen además otras fuerzas extrañas y opuestas que contribuyen a su formación, ya infundiéndoles nuevos hálitos y haciéndolas más resistentes, ya activando y acicateando sus recursos internos, ya conduciéndolas hacia nuevos horizontes. Sin esas fuerzas externas y contrarias no se formarían tan sólidamente. Para América esas fuerzas, a veces demasiado duras y violentas, las ha constituido Europa; y el resultado final de aquella lucha en el XVIII, y en toda nuestra historia, ha sido benéfico, porque ha servido para modelar la cultura y el ser de México y del Nuevo Mundo.